

## **BARRIENDO CADÁVERES: MASACRE EN EL CUARTO PISO**

El viejo edificio de apartamentos estaba en un estado deplorable gracias a la mayoría de sus habitantes. Pero ese no era el caso de Nora Aidé Cruz, inquilina del departamento número veintiuno, en el cuarto y último piso.

Nora Aidé se oponía a la despreocupada actitud de sus vecinos y detestaba especialmente al señor Peralta, el casero, quien no sólo no tenía interés alguno en poner fin al deterioro de su inmueble, sino que con su negligencia contribuía en gran parte a ello. No había siquiera un bote de basura en los pasillos, pero sí muchos desperdicios, como los envoltorios de los pastelillos de vainilla que el señor Peralta siempre comía. La pintura del edificio no había sido cambiada desde... probablemente nunca. El polvo y las telarañas en las paredes resultaban perfectos para una fiesta de día de brujas, pero ésta nunca se celebraba. El elevador no funcionaba –aunque para un edificio de cuatro pisos y un sótano no era de vital importancia-, y hedía como si un animal hubiera quedado atrapado adentro y muerto en él. En realidad, todo el edificio emanaba un olor extraño: fétido e irreconocible.

Lo que más odiaba Nora Aidé era a todas las alimañas e insectos con los que tenía que lidiar cada día. Estaba en guerra con ellos, y ellos lo sabían; la aceptaban como su enemiga, y tenían por objetivo hacerla huir del edificio, donde al parecer ella era la única persona que tenía un inconveniente con su omnipresencia.

A pesar de todo esto, a Nora Aidé le resultaba difícil dejar el lugar, ya que al haber pagado adelantadamente el resto del año –asegurando un atractivo descuento-, perdería una fuerte cantidad de dinero, además de su orgullo, dejándose vencer por un batallón de animalejos.

Las ocho trampas para ratones que Nora Aidé preparaba en su departamento ya no eran suficientes. ¿Era eso algo bueno? ¿Que una gran y constante cantidad de ratones siempre estaba dispuesta a jugarse la vida por un pedazo de queso? ¿Estaba en verdad acabando con ellos o sólo perdiendo el tiempo? No era fácil saberlo.

Desde hacía un mes había estado llevando un registro de la cantidad –y variedad- de invasores que atrapaba o exterminaba, con el fin de presentarlo al Departamento de Sanidad, y lograr así presionar al señor Peralta a limpiar exhaustivamente el inmueble, comenzando del sótano hacia arriba. Dicho reporte mensual contaba ya las siguientes cifras: diecisiete ratones, seis ratas, veinticinco arañas, treintaiocho moscas, dos cachoras y setentainueve cucarachas. Todo esto solamente en su departamento.

Las cucarachas despertaban un sentimiento especial en Nora Aidé: una mezcla de horror, asco y respeto, como si se tratara de seres míticos con poderes misteriosos que no quería descubrir. Se contentaba con matarlas. Se contentaba mucho.

Las cucarachas que atacaban al departamento numero veintiuno lo hacían con tal destreza que harían sentir orgulloso al más estricto Comandante. Se desplazaban sigilosas y aparecían en puntos y momentos estratégicos, como dentro de los zapatos de la joven, en sus cajones, en la comida, sobre el tocador, en las paredes y techo, dentro de su bolso –las llevaba a todas partes-, y una vez entre su pelo. Pero, ¿no es eso lo esperado en una guerra declarada?

El incidente del cabello fue el detonador de la segunda –y más cruel- parte de la batalla. A partir de ese momento, Nora Aidé triplicó la cantidad de “hoteles de la muerte”, vació cuatro latas de insecticida en aerosol en un mismo día y, perdiendo un poco el miedo, impulsada por el odio y las ganas de terminar con el problema, acabó manualmente con la

vida de algunos bichos, cosa que nunca había sido capaz de hacer. El día que fumigó la habitación pasó la noche con su mejor amiga, aunque casi no durmió, anticipando la escena que contemplaría al otro día. Estaba ansiosa.

Al volver descubrió satisfecha el resultado de su golpe maestro. El departamento tenía la apariencia de un verdadero campo de batalla. En el suelo había cientos de parásitos boca arriba. La mayoría eran cucarachas. Algunas aún movían sus patas y antenas. Nora Aidé soltó una carcajada nerviosa, levantó sus temblorosos brazos en señal de victoria y avanzó a la cocina, donde estaban gran parte de los caídos. Ahí se dio cuenta de que muchos insectos todavía vivían cuando, al verla, corrieron asustados a sus trincheras ocultas. Esto puso en duda su primera creencia de que la guerra había terminado, pues resultaba claro que quedaban suficientes tropas para prolongar el conflicto. Pero eso no deprimió a Nora Aidé ya que el número de cucarachas muertas era mayor a las que vio escabullirse. Sin embargo había un problema: el esposo de su amiga volvería a casa ese día. La estrategia que tanto éxito le trajo no podría repetirse. Tendría que cambiar el plan.

Pasó el día barriendo cadáveres y el conteo final registró la increíble cifra de cientosetentaisiete cucarachas muertas. También fallecieron muchas moscas y arañas y un ratón cayó en una de las trampas de la despensa. *Idiota*, pensó. Echó el cuerpecito frío y con ojos salidos a una gran bolsa negra, transporte oficial al cielo de las pestes.

En camino a sacar la “basura”, antes de llegar a la puerta del departamento, se encontró con una última cucaracha que había escapado la mano de la limpieza. A Nora Aidé no le gustó para nada haberla olvidado, pero la escoba y el recogedor estaban guardados tan lejos de la puerta que decidió, a pesar de sus miedos, tomarla de las antenas y aventarla rápidamente a la bolsa.

*Más te vale estar muerta*, dijo en voz baja y, dejando la bolsa en el piso, se armó de valor, recordando la victoria del día. *No tomaré prisioneros*.

Se agachó lentamente con la mano extendida; con una expresión que revelaba su indecisión. Tomó las antenas y levantó el cuerpo con cuidado, como temiendo despertarla. Con la otra mano comenzó a abrir la bolsa pero sin dejar de ver a su víctima. No mucho después se dio cuenta de que realizar esta maniobra resultaría imposible, pues había cerrado la bolsa con un nudo, arrepintiéndose en el acto.

Absorta en el nuevo problema del nudo, Nora Aidé sintió que su otra mano se sacudía involuntariamente. La cucaracha se movía con violencia, intentando zafarse.

La joven, muy asustada, se deshizo del insecto arrojándolo lejos, mientras gritaba. La cucaracha dio vueltas en el aire, y cayó muy cerca de la puerta, por donde salió arrastrándose como un intruso que fue descubierto y echado efusivamente.

Nora Aidé estaba alterada; respiraba con rapidez, su corazón latía con fuerza y se puso pálida. Su sorpresa fue mayor al encontrar las dos antenas del animal incrustadas como astillas en la palma de su mano derecha. Corrió al baño y, no pudiendo decidir si lavarse o vomitar, hizo las dos cosas a la vez, metiendo las manos al agua, y devolviendo casi encima de ellas.

Mientras tomaba un baño esa noche, estuvo segura de oír leves ruidos entre las tuberías, lo que la hizo darse prisa a terminar, pues la idea de que miles de cucarachas saldrían disparadas por los hoyuelos de la regadera le pareció muy creíble.

Al salir del agua se envolvió en una toalla, pero supo que eso no la protegería; se sentía vulnerable desnuda. Tuvo la sensación de que los insectos corrían por el piso a su alrededor y que en cualquier momento subirían a sus pies y treparían por su cuerpo, algunos por

debajo de la toalla, hasta hacerla perder la razón. Nada de esto ocurrió, excepto por la última parte.

La joven no terminó de secarse cuando la impaciencia se apoderó de ella. Corrió hasta su cuarto imaginando pisar un suelo alfombrado de cucarachas, oyéndolas crujir. Brincó a la cama. Estaba empapada en sudor. Lentamente volvió a la realidad y repasó los acontecimientos del día y cómo venció al enemigo.

La siguiente semana pasó sin incidentes; los insectos parecían haberse retirado, y aunque la bandera blanca nunca fue mostrada, Nora Aidé estaba segura de haber recuperado el control de su vida privada. Pero, ¿y las cucarachas que vio esconderse en la cocina? De seguro habían huido. Las había espantado con ese horripilante paisaje de insectos muertos. El poder en el cuarto piso había vuelto a los humanos. No más guerra, no más gritos, no más sustos, ni fumigante, ni ensuciarse aplastando bichos, ni discusiones con el señor Peralta, ni preocuparse por encontrar insectos en el cereal, o entre su ropa. Al fin podría dormir tranquila.

Una de esas noches Nora Aidé despertó de súbito pero sin abrir los ojos; se sentía tan relajada. Movié un poco su cuerpo buscando una posición más cómoda. Entonces escuchó un crujido debajo de ella y sintió algo viscoso en su espalda. Abrió los ojos.

El techo estaba cubierto de cucarachas. Decenas de arañas colgaban y se mecían no muy lejos de su cara. Las paredes y la puerta también eran propiedad del enemigo. Una enorme rata estaba posada sobre la perilla de la puerta y la miraba directo a los ojos burlándose, retándola a acercarse.

Nora Aidé estaba petrificada, aunque adormecida; no sabía si soñaba o si realmente vivía su peor pesadilla. Hasta ahora había recorrido la habitación solamente con la vista; su cuerpo se mantenía en posición horizontal.

Bajó con miedo la mirada, y ese miedo se transformó en terror cuando supo que había algo encima de ella. No podía enfocar bien los ojos. Forzó la vista y la duda se disipó. Habían nueve cucarachas sobre su pecho formando un medio círculo, todas de frente a ella. Los ojos de Nora Aidé se abrieron más de lo usual y miró a los lados. Junto a su cuerpo había una cantidad inmensurable de ratones a la expectativa. Era evidente que las cucarachas dirigían el ataque. Sin perder más tiempo, la cucaracha que estaba en el centro del semicírculo se acercó unos cuantos pasos, deteniéndose muy cerca de la cara de la joven. Lo suficiente para que notara que no tenía antenas.

La joven temblaba sin control. Gritó horrorizada pero el ruido se extinguió de pronto, cuando la cucaracha del centro voló con furor, y se internó en su boca. Las demás esperaron su turno.

Nora Aidé se incorporó en la cama, llevándose las manos al cuello, con una expresión de horror. Estaba llorando. Las otras cucarachas volaron y treparon hasta su cara y entraron por su boca cuando ella lo permitió inadvertidamente al intentar otro grito desesperado que resultó sólo un zumbido muerto. La joven saltó hacia la puerta, dejando atrás su cama, pero no así a los ratones, quienes brincaron sobre ella en una horrible estampida miniaturizada, recorriendo el cuerpo semidesnudo, buscando un lugar de piel que les apeteciera roer. La gran rata, guardiana de la puerta, adoptó una posición de defensa-ataque pero no llegó a ver acción pues el ejército de cucarachas comenzó la siguiente etapa al lanzarse en un vuelo frenético sobre la indefensa víctima.

No se veía más que un bulto oscuro en el piso del departamento número veintiuno, donde las cucarachas reinaban. Algunas revoloteaban alrededor, bailando sobre el fresco cadáver de su más digna enemiga, mientras que afuera del cuarto millones de moscas volaban en círculos, esperando entrar a saborear los restos dejados por la especie heredera del planeta, las cucarachas, quienes algún día no se conformarán con un solo edificio, y llevarán la guerra a una escala global. Y vencerán.